

¿Quién es el otro?

Iván Castiblanco Ramírez

Junio de 2006

Sueñan las pulgas con comprarse un perro y sueñan los nadies con salir de pobres, que algún mágico día llueva de pronto la buena suerte, que llueva a cántaros la buena suerte; pero la buena suerte no llueve ayer, ni hoy, ni mañana, ni nunca, ni en lloviznita cae del cielo la buena suerte, por mucho que los nadies la llamen y aunque les pique la mano izquierda, o se levanten con el pie derecho, o empiecen el año cambiando de escoba.

Los nadies: los hijos de nadie, los dueños de nada.

Los nadies: los ningunos, los ninguneados, corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos:

Que no son, aunque sean.

Que no hablan idiomas, sino dialectos.

Que no profesan religiones, sino supersticiones.

Que no hacen arte, sino artesanía.

Que no practican cultura, sino folklore.

Que no son seres humanos, sino recursos humanos.

Que no tienen cara, sino brazos.

Que no tienen nombre, sino número.

Que no figuran en la historia universal, sino en la crónica roja de la prensa local.

Los nadies, que cuestan menos que la bala que los mata.

(Los Nadies - Eduardo Galeano)

Una experiencia pedagógica es siempre una experiencia que implica el encuentro con los otros. Una experiencia pedagógica es un encuentro con algo otro, con algún otro, entre varios otros. También se caracteriza porque en ella el “educador” no asume una postura -siguiendo a Giddens (2003)-, desde el poder del conocimiento, es decir, que no busca transformar al otro en algo mejor, en eliminar su particularidad, en pretender que se parezca más a lo mismo. El “educador” se convierte en un otro también, asume una postura en la cual deja de ser el centro del proceso educativo para convertirse en un dinamizador de la experiencia. Sin embargo, siempre existe el riesgo de que el otro sea estigmatizado, nombrado, definido y se pretenda que el resultado de la experiencia pedagógica sea la superación de la condición de ser el otro, que deje de ser uno más de “los nadies”.

El texto de Galeano plantea cómo aquellos que son considerados por la mismidad como los otros, han sido nombrados y definidos con categorías que tratan de mostrar que sus

cualidades están por debajo de las que la clase hegemónica ha asumido para sí misma. El otro, visto desde la mismidad (cuando ésta advierte, o mejor, se incomoda por el otro), es “nombrado” como el portador del prefijo sub-: sub-alterno, sub-terráneo, sub-versivo, sub-humano, sub-yugado, sub-desarrollado, sub-valorado, sub-normal. O bien la mismidad nombra al otro para que haga parte de ella, se vuelve comprensiva de la condición sub- (o subcondición) del otro, o hace que el otro se nombre a sí mismo con las categorías de la mismidad. En cualquier caso la voz del otro -propia, conciente, natal, étnica, no traducida-, no hace parte del nombre que la mismidad le asigna. La voz del otro, es una traducción (muy mala por cierto) que la mismidad hace, a través del lenguaje de lo mismo, del lenguaje de la otredad (que la mismidad nombra como un sub-lenguaje, o incluso como un no lenguaje, en el mejor de los casos un “dialecto”).

El otro es negado en su complejidad por la mismidad así esta quiera llamarlo, consolarlo e integrarlo a lo mismo. El otro es desmembrado, separado y clasificado por partes: “Como objetos de estudio, como informantes (o colaboradores) en investigaciones propuestas desde la academia, como problemas sociales especiales o posiciones políticas que objetivizan la otredad, como clientes..., como espejos distorsionados para los discursos que privilegian ciertas tecnologías.” (Dover, 2003, p.16). El otro es uno más de “los nadies”.

El otro no es lo mismo, ni el mismo, ni mí mismo. Es un indefinido, alguien que cuando se nombra ya no es. Pero al otro se le dice lo que es (y él mirará por su cuenta que deja de ser), o lo que le hace falta saber para ser. Es el que tiene que ocultar las partes que le sobran y que no caben en la mismidad, el otro, en la mismidad, es una mentira. “El otro no es una temática, el otro no puede ser tematizado. Y aún más: el otro que se ha tematizado no es, seguramente, el otro” (Skliar, 2005, p. 26). Analizar los conceptos que la mismidad utiliza para interpretar-nombrar la otredad, es encontrar las pistas de cómo ésta se ve a sí misma, pero también, nos indica como le gustaría verse, y este “querer verse” es una intención de verse reflejada en el espejo -pero como lo descubrió Narciso, uno mismo no puede ser su espejo-, y es por esta razón que la mismidad necesita que la otredad funcione como espejo, claro está, despojada de aquello que no hace parte del “querer verse” a sí misma.

En muchas ocasiones eso que no hace parte de la mismidad se constituye en un estigma. Goffman (1989,1963) menciona tres tipos de estigmas con los cuales se identifica al otro. El primero está relacionado con las abominaciones del cuerpo. El segundo con los defectos del carácter del individuo. Por último, están los estigmas tribales de la raza, la nación y la religión (p. 14). Estos estigmas son huellas o marcas que hacen del otro alguien a quien se puede señalar. Esta categoría de estigma es particularmente importante para entender como la mismidad percibe la otredad ya que "con ella se designa preferentemente al mal en sí mismo y no a sus manifestaciones corporales" (p. 11). Esto quiere decir que normalmente la percepción que se tiene acerca del otro parte de asumir que hay algo malo en él. Es lo que Skliar (2002) llama el paradigma del "otro maléfico".

La constitución de identidades alternas (alteridades) a las identidades de la mismidad, está influenciada por la marca que el estigma deja en los otros, e impregnada por la interpretación que la mismidad hace de sí misma y, por supuesto, de su proyección, superposición e implantación en las estructuras sociales y culturales de la otredad. Proceso que se lleva a cabo por medio de diferentes canales, siendo uno de los más destacados la educación. "Cuando el individuo deja de definirse en principio como miembro o ciudadano de una sociedad política, cuando se lo percibe en primer lugar en cuanto trabajador, la educación pierde su importancia, porque debe subordinarse a la actividad productiva y al desarrollo de la ciencia, las técnicas y el bienestar" (Touraine, 1996, p. 274). Cuando algún otro trata de superar la marca infligida por el estigma, debe procurar la adquisición de habilidades que le permitan insertarse en la sociedad a través del mundo laboral. Es decir, lo más importante es ser reconocido como un trabajador.

El mismo Touraine (1996) afirma que la educación debe dejar de ser concebida como un proceso de socialización del individuo y que en los espacios educativos debe comenzar a reconocerse la existencia de demandas colectivas e individuales (p. 277). Para este autor "no se puede hablar de educación cuando el individuo queda reducido a las funciones sociales que debe asumir" (p. 274), y por lo tanto la educación se deberá centrar cada vez más en un manejo de instrumentos y en la expresión y formación de la personalidad de

los sujetos, es decir, al sujeto ya no se le deberían dar las instrucciones para que se convirtiera en aquel que la sociedad espera, sino que se trataría de generar un ambiente y unos recursos pedagógicos que le permitan llegar a una comprensión de sí mismo y su relación con los otros. En este proceso se haría énfasis en la necesidad de fomentar en los sujetos la posibilidad de obrar en concordancia con sus proyectos propios, y lograr su integración dentro del mundo social y laboral fortaleciendo los atributos de su personalidad. “El reconocimiento del otro no puede separarse del conocimiento de uno mismo como Sujeto libre, que une una o varias tradiciones culturales particulares al manejo del instrumento utilizado por todos”. (p. 278)

La pregunta “¿quién es el otro?” en la educación, es una pregunta hecha desde la mismidad. A esta pregunta se le antepone una hecha desde la otredad “¿por qué usted cree que yo soy el otro?” (Skliar, 2002). Aquí, se plantearía una tensión entre lo que la mismidad quiere que el otro sea, y lo que el otro quiere ser por sí mismo. Pero además, implicaría preguntarse si el otro es aquel que es semejante a mí, o es aquel que es diferente de mí. Para enfrentar esta tensión es pertinente adoptar la propuesta de Giddens (2003) y superar la dualidad occidental para pasar a trabajar con los dualismos de estructura. Asumiendo este punto de vista, hay que aceptar que el otro es al mismo tiempo semejante y diferente de mí. Pero además, se debe superar la necesidad que sentimos por clasificar y definir al otro, como dice Larrosa (2006b) “...lo que hace que el otro sea otro es, justamente, aquello en lo que desborda cualquier identificación, cualquier representación y cualquier comprensión” (p. 2).

La educación debe dejar de ser una búsqueda por educar al otro, y convertirse en una experiencia de educarse con el otro. Esta experiencia no implica la domesticación del otro ni subsumirse ante él, sino lograr que la educación deje de ser la mera transmisión de conocimientos e información sobre lo que la sociedad cree que el sujeto debe ser. El otro como experiencia, como posibilidad de educación, brindaría la posibilidad de generar un encuentro entre el mí mismo con aquello que está por fuera y que no hace parte del sujeto. Esto implicaría una liberación del sujeto ya que dejaría de esperar que el otro fuera algo en concreto. “No hay experiencia, por tanto, sin la aparición de un alguien, o de un algo, o de un eso, de un acontecimiento en definitiva, que es exterior a

mi, extranjero mi, extraño ni, que está fuera de mí mismo, que no pertenece a mi lugar, que no está en el lugar que yo le doy, que está fuera de lugar” (Larrosa, 2006a, p. 2). El otro como experiencia deja de ser una pregunta y se convierte en alguien que me pasa, alguien que no soy yo, que no hace parte de mí, que no es mi reflejo. Es alguien que me recorre, que entra y sale de mí, que me transforma. Ese otro viene hacia mí y me hace salir hacia él.

Pero la pregunta sobre el otro sigue estando ahí. Hay algo acerca del otro que me sigue inquietando. ¿Es esto una necesidad de querer conocer, comprender y transformar al otro? ¿Por qué el otro se me aparece en forma de pregunta? ¿Hay alguna razón para pretender construir experiencias pedagógicas acerca del otro, con el otro? ¿Necesita el otro que yo lo pregunte? ¿Necesita mis respuestas o yo necesito las respuestas que el otro me da acerca de mí mismo? ¿Es necesario seguirse preguntando acerca del otro?

La pregunta acerca del otro adquiere especial importancia en un contexto dominado por la exclusión y la desigualdad social. No es una pregunta para nombrar al otro, comprenderlo, identificarlo, representarlo, clasificarlo, estigmatizarlo. Preguntarme “¿Quién es el otro?” es comprender que existen personas y comunidades que se encuentran excluidas y que es necesario realizar un esfuerzo para que las mismas dejen de ser nombradas desde sus estigmas sociales, y comiencen a ser reconocidas tanto por sus diferencias como por las semejanzas que tienen con aquellos que no somos considerados como parte de lo marginal. “...tal vez no se trate tanto de nombrar al otro, de tratar de conocerlo, de tratar de identificarlo, o de representarlo, y de decidir después que es lo que tendríamos que hacer con él, como de pensar y pensar-nos en el devenir siempre imprevisible de nuestras relaciones singulares con el otro” (Larrosa, 2006b, p. 2). Pero para que esto ocurra la pregunta no debe ser hecha desde mí mismo, debe ser una pregunta construida junto con el otro. La pregunta debe ser transformada en “¿Quiénes somos nosotros?”.

De esta manera se puede iniciar la transformación de la concepción del otro como uno de “los nadies”, al otro que hace parte de un nos-otros. En definitiva, preguntarnos acerca de nos-otros implica la construcción de experiencias pedagógicas en las que se

realice un mutuo encuentro entre varios nos-otros, que posibilite la realización de apuestas "por lo que no se sabe, por lo que no se puede, por lo que no se quiere" (Larrosa, 2006a, p. 10). Volviendo a Skliar (2002), se estaría abandonando el paradigma occidental de la apuesta por el futuro, por una apuesta colectiva para la construcción del porvenir.

Preguntarnos ¿Quiénes somos nosotros? implica la construcción de un diálogo, un diálogo de la diferencia, un diálogo encaminado a fortalecer la convivencia en medio de la diversidad. El diálogo entre otros diferentes/semajantes implica un ejercicio de traducción, pero no sólo como la que propone Derrida (2002b, citado por Skliar, 2005), ya que en el contexto latinoamericano el otro no siempre tiene una lengua diferente (además del español, el portugués, y la multiplicidad de lenguas indígenas). Creo que es necesario hacer un ejercicio de traducción desde la experiencia, es decir, el diálogo de la experiencia no estaría limitado exclusivamente por el uso del lenguaje oral, sino que además implicaría realizar actos comunicativos que tengan en cuenta todas las formas posibles de interacción simbólica. Incluso el diálogo de la experiencia implicaría la posibilidad de que el silencio -como la ausencia de lo que usualmente aceptamos como un acto comunicativo oral, gestual, corporal o de alguna otra índole- sea una posibilidad de tener una experiencia con el otro.

La oportunidad que se abre aquí es la ruptura de la concepción de comunicación como el proceso que necesariamente implica el intercambio de signos entre los sujetos. Comunicarse con el otro, encontrarse con el otro, tener una experiencia con el otro, es tener en cuenta la posibilidad de que el otro (incluso yo), no quiera, no pueda o no sepa como comunicarse conmigo. La comunicación con el otro por medio de la experiencia no sólo estaría mediada por el uso de los sentidos y de la cognición, sino que implicaría una apertura sensible y espiritual a la cual nosotros no estamos acostumbrados. Por lo tanto, un importante paso para iniciar la construcción de procesos pedagógicos que incluyan la generación de experiencias con el otro, es la realización de una experiencia inevitable para fortalecer el mundo espiritual de cada uno: la experiencia de uno mismo. La búsqueda por el otro, la búsqueda por él nos-otros, no tiene sentido sino parte de una búsqueda por uno mismo. De esta manera, la pregunta "¿Quiénes somos nosotros?"

quedaría llena de sentido por cuanto no estaría basada en un desconocimiento de uno mismo y, por lo tanto, no sería una pregunta para buscar completar con el otro aquello que yo mismo no encuentro en mí.

*Dos espejos que se miran entre sí, uno frente del otro, producen el infinito.
Infinito número de reflejos. Reflejo del reflejo del reflejo del reflejo, infinito. Pero
el reflejo infinito no muestra nada de cada espejo, no contiene a los espejos.
Contiene, hace ver, lo que se encuentra entre los dos espejos.*

Un espejo se pregunta:

- ¿Esto que veo eres tú?

El otro responde:

- Esto que ves eres tú.

*Bendición de los espejos que el amor no se refleja,
atraviesa los espejos sin ser visto.*

Referencias Bibliográficas

Dover, Robert. El encuentro inminente de otros recíprocos: estrategias para el reconocimiento es saberes plurales. *Revista educación y pedagogía VOL. XVI, No. 39*, 13-25.

Giddens, Anthony. (2003). *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Goffman, Irving. (1970). *Estigma: La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Larrosa, Jorge. (2006a) *Experiencia y alteridad en educación*. Mimeo del Curso de posgrado Experiencia y Alteridad en Educación. Buenos Aires: FLACSO.

Larrosa, Jorge. (2006b) *Palabras para una educación otra*. Mimeo del Curso de posgrado Experiencia y Alteridad en Educación. Buenos Aires: FLACSO.

Skliar, Carlos. (2002). *¿Y si el otro no estuviera ahí? Notas para una pedagogía (improbable) de la diferencia*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

Skliar, Carlos. (2005). Pensar al otro sin condiciones (desde la herencia, la hospitalidad y la educación). En Frigerio, Graciela y Skliar, Carlos, *Huellas de Derrida: ensayos pedagógicos no solicitados* (pp. 11-31). Buenos Aires: Del Estante Editorial.

Touraine, Alain. (1996). *¿Podremos vivir juntos?*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.